

Ecocrítica en España e Hispanoamérica

Niall Binns

Universidad Complutense de Madrid

¿Qué sucede y sucederá con la ecocrítica en nuestro siglo XXI? Sobre todo, ¿qué sucede y sucederá con la ecocrítica en lengua española? Habría que empezar, me parece, marcando una distinción entre el contexto español y el de los países de Hispanoamérica. La querencia *antiteórica* que impera en las facultades de letras españolas puede, me temo, limitar aquí la recepción y el crecimiento de la ecocrítica (notables, por tanto, son las labores de GIECO y de esta embrionaria *Eurozon@*); más vinculadas a la academia anglosajona y francesa, y menos reacias a ensayar y experimentar con nuevas tendencias teóricas, las universidades de Argentina y Chile (por dar dos ejemplos concretos) tal vez sean un terreno más fértil. Por otra parte, veo otro problema para la ecocrítica en España en el hecho de que la sensibilidad hacia el entorno sigue siendo –a pesar de los Rodríguez de la Fuente, a pesar de los intentos de concienciación– tan escasa aquí, de manera muy flagrante me parece –y es lo que nos interesa aquí– en sectores “intelectuales” y literarios, y de nuevo estoy pensando en términos comparativos. No es una cuestión de hoy. El peso del entorno natural –analizado, anatemizado, celebrado, mitificado– ha sido fundacional en las jóvenes tradiciones literarias de todas las repúblicas de Hispanoamérica: se palpa en la grandes narraciones regionalistas o “de la tierra” de comienzos del siglo XX, en el telurismo americanista de tantos poetas y en tantas búsquedas ensayísticas de la identidad patria a través de la impronta de la geografía en sus gentes. En los años cincuenta, seguía habiendo críticos que insistían en que la gran literatura hispanoamericana tendría que seguir, por fatalidad, vinculada a la majestuosidad y la violencia de la naturaleza. Evidentemente, las diecinueve repúblicas y sus autores se han ido *urbanizando* desde entonces, pero el prestigio de autores como Alejo Carpentier, Juan Rulfo y Gabriel García Márquez permiten que persistan los tópicos de Hispanoamérica o Latinoamérica como un territorio dominado por lo *real maravilloso*.

El abandono de la provincia, la ruptura del cordón umbilical que significa –para cada provinciano, para cada escritor de raíz provinciana– el traslado a la urbe y la vivencia en carne propia de esa dicotomía esencial de la modernidad –la ciudad y el campo, el tiempo de la historia y el de los grandes ciclos naturales–, han marcado con una intensidad y una desesperación inigualables los países de Hispanoamérica. La brutalidad de la deforestación,

las tierras esquiladas por la minería y la ganadería, la centralización elefantiásica que ha dado lugar a niveles intolerables de contaminación y miseria en las grandes ciudades son realidades que pesan en toda la sociedad, hasta en el mundo universitario, y, por supuesto, en la literatura.

Limitémonos a un solo género, la poesía. ¿Cuáles son los poetas españoles *comprometidos* ecológicamente en su obra (no es esa la palabra: los poetas, digamos, *heridos* en su obra por el desastre ecológico)? Antonio Colinas, el ya fallecido Jesús López Pacheco y, destacadamente, el pensador marxista y ecologista Jorge Riechmann... No creo que sea fácil extender la lista demasiado. Hispanoamérica es otra cosa. Veamos dos ejemplos, el primero de ellos México. Octavio Paz, en *La otra voz* (1990), defendió una función ecologista para la poesía: “Prueba viviente de la fraternidad universal, cada poema es una lección práctica de armonía y de concordia, aunque su tema sea la cólera del héroe, la soledad de la muchacha abandonada o el hundirse de la conciencia en el agua quieta del espejo. La poesía es el antídoto de la técnica y del mercado. A eso se reduce lo que podría ser, en nuestro tiempo y en el que llega, la función de la poesía. ¿Nada más? Nada menos”. El propio Paz, en su último libro de poesía, *Árbol adentro* (1987), ensayó una poesía de vertiente ambientalista. Tres de los más importantes poetas vivos de México, todos ellos habitantes del contaminadísimo D.F., también están vinculados, casi diría yo identificados con esta temática. Me refiero a Homero Aridjis, cofundador y presidente de la organización ambientalista el Grupo de los Cien, a Vicente Quirarte, y a José Emilio Pacheco, ganador del último Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana. Pensemos, por otra parte, en el caso de Chile. Ya hay denuncias de la depredación del entorno natural en *Altazor* (1931) de Vicente Huidobro, en el póstumo *Poema de Chile* (1967) de Gabriela Mistral y en *Canto general* (1950) y *Fin de mundo* (1969) de Pablo Neruda. En 1983 Nicanor Parra escribió una hoja de *Ecopoemas* y desde entonces ha incorporado sistemáticamente la denuncia ecológica en sus prédicas, antipoemas y discursos de sobremesa. Poetas centrales de generaciones posteriores como Jorge Teillier, Óscar Hahn, Gonzalo Millán, Manuel Silva Acevedo y Elicura Chihuailaf también han incorporado la crisis ecológica en su poesía desde distintos planteamientos. Quiero decir, con esta enumeración, que la poesía de México y Chile –como la de otros países hispanoamericanos, pero en contraste con la española– encarna, como una máxima obsesión, como una presencia ineludible, la dramática relación del hombre de hoy con su entorno.

Por supuesto, no hace falta una conciencia ecológica en los escritores para que surja una ecocrítica en el mundo académico. Lo cierto es, sin embargo, que de un mismo caldo de cultivo provienen la una y la otra. Sin *ver* el entorno, ¿cómo empezar a interesarse en él, preocuparse de él, escribir sobre él y concebir que uno anda atrapado sin remedio en sus redes? A fin de cuentas, ese interés, esa preocupación, esa concepción, son los puntos de partida para cualquier lectura ecocrítica. Escribe José Emilio Pacheco, en su poema “Las ostras”: “Pasamos por el mundo sin darnos cuenta, / sin verlo, / como si no estuviera allí o no fuéramos parte / infinitesimal de todo esto. // No sabemos los nombres de las flores, / ignoramos los puntos cardinales / y las constelaciones que allá arriba / ven con pena o con burla lo que nos pasa”. En el año 2007, cuando Rigoberta Menchú fue invitada como conferenciante a la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, lo primero que hizo fue preguntar a los asistentes sobre los puntos cardinales. ¿Dónde estaba el norte, dónde el sur? Previsiblemente, nadie supo contestarle. Y los nombres de las flores, de los árboles, de los pájaros... En España, me ha dicho una amiga escritora, hay dos tipos de pájaro: el pajarito y el pajarraco. En fin, sospecho que para que crezca y florezca y fructifique la ecocrítica en España, o bien, más modestamente, para que se tome en serio la ecocrítica en España, hace falta una labor de zapa anterior –o (seamos optimistas) simultánea– para abrir ojos y oídos al entorno, a la naturaleza no humana que nos rodea y deja de rodearnos, para que nos arraiguemos, nos situemos y aprendamos –más allá del pajarito y los pajarracos– los nombres de los pájaros.

Vuelvo, para terminar, a las preguntas del comienzo, pero directamente en relación con mi campo de trabajo. ¿Qué sucede, entonces, con la ecocrítica en el ámbito hispanoamericano? Aquí va una serie de nombres y pequeños hitos de la última década. En 1998, la revista estadounidense *Hispanic Journal* publicó una monografía de estudios ecocríticos, en la que destaca el artículo “¿Cuáles son los dones que la naturaleza regala a la poesía latinoamericana?”, de uno de los coordinadores, el peruano Roberto Forns-Broggi, autor también del capítulo “Ecology and Latin American Poetry”, incluido por Patrick Murphy en *Literature of Nature: An International Sourcebook* (1998). Dos años después, el salvadoreño Jorge Paredes y Benjamin McLean prepararon una nueva monografía ecocrítica en la revista australiana *Ixquic* (2000), donde firmaron ambos el artículo “Hacia una tipología de la literatura ecológica en español”. El poeta y crítico estadounidense Steven White, íntimamente relacionado con la poesía nicaragüense y chilena, publicó en 2002 el primer libro de ecocrítica en lengua española, *El mundo más que humano en la poesía de Pablo Antonio Cuadra: un estudio ecocrítico*; entre sus publicaciones más recientes sobre el tema,

está el ensayo “Los ríos en la poesía chilena: nuevas definiciones ecocéntricas de la poesía épica y lírica”, publicado en 2009 en la revista brasileña *Agulha*. En 2004, publiqué mi libro *¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana* y coordiné una nueva monografía ecocrítica en la revista *Anales de Literatura Hispanoamericana*, en la que sobresalen los capítulos de Forns-Broggi sobre el poeta argentino Juan L. Ortiz y de White sobre Pablo Antonio Cuadra, así como una traducción al español del capítulo sobre el angloargentino William Henry Hudson, incluido por Jonathan Bate en su libro pionero *The Song of the Earth*. En 2006, el costarricense Walter Rojas Pérez publicó un libro sobre la novela de Carlos Luis Fallas, *Costa Rica violada: el caso de “Mamita Yunai”*; ha abordado, también desde una perspectiva crítica, la obra de otros narradores costarricenses como Anacristina Rossi y Fernando Contreras Castro. En 2008, la cubana Mariana Serra publicó su libro sobre José Martí *La esperanza del mundo. “La edad de oro” y la construcción de una cultura y una ética ambiental*. En los últimos años, congresos internacionales sobre temas ecologistas, como el *IV Simpósio Latino-americano e Caribenho de Historia Ambiental* – celebrado en Universidade Federal de Minas Gerais, Brasil, en mayo de 2008– han aportado un notable impulso para los estudios ecocríticos de las literaturas y las culturas hispano- y latinoamericanas. Crecen, se diría, exponencialmente.